

EL USO POLÍTICO DE LA EDAD MEDIA.

Geary, Patrick, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe.* Princeton: Princeton University Press, 2002, pp: 199.

“Soy el campeón del pueblo francés que nació con el bautismo de Clodoveo en el año 496. Este pueblo ha portado esa llama inextinguible, la cual ha sido su alma por casi mil quinientos años”.

JEAN MARIE LE PEN. Le Monde, 24 de septiembre, 1991.

El historiador británico Eric Hobsbawm, ante un auditorio de estudiantes de la universidad de Budapest, afirmaba lo siguiente, en 1994: “ Porque la historia es la materia prima de la que se nutren las ideologías nacionalistas, étnicas y fundamentalistas.. El pasado es un factor esencial –quizá el factor más esencial- de dichas ideologías. Y cuando no hay uno que resulte adecuado, siempre es posible inventarlo.”. Según él, los historiadores tenemos la responsabilidad de “criticar todo abuso que se haga de la historia desde una perspectiva político ideológica”¹. El libro de Patrick Geary es una brillante crítica a los abusos que políticos e incluso historiadores han hecho a propósito de la temprana Edad Media. En efecto, este historiador norteamericano muestra que ideólogos del nacionalismo europeo de nuestro tiempo se han basado y aún se basan en un conocimiento erróneo de la época medieval para fundamentar sus propios prejuicios y exclusiones. Según esa interpretación, los pueblos modernos de hoy se constituyeron por primera vez en el periodo posterior a la caída del Imperio Romano y a la consolidación en Europa de los llamados pueblos germanos. Por ejemplo, fue entonces cuando se cree que nació el pueblo francés con unas características culturales y étnicas permanentes a lo largo de la historia, como se desprende la cita del político Jean Marie Le Pen arriba mencionada. Esta manera de fundamentar los particularismos étnicos ha tomado fuerza como consecuencia del despertar del nacionalismo, el racismo y la xenofobia en Europa durante las dos últimas décadas, cuando este continente entró en lo que el Geary denomina una crisis de identidad. Los nacionalismos étnicos excluyentes están hoy a la orden del día. Las guerras que han resultado se argumentan con base en derechos que provienen de la remota época medieval. Investigaciones arqueológicas recientes no han escapado a ese uso político de la Historia. Geary menciona el caso de Carintia, patria del derechista austríaco Jorg Heider. Cuando un arqueólogo defendió la hipótesis de que recientes hallazgos en el sureste de esta región eran evidencias de asentamientos eslavos en el siglo VI fue reprendido por políticos derechistas con el argumento de que tal hipótesis brindaba apoyo político a la noción de que los eslavos tenían derechos en Carintia.

Ahora bien, esa particular manera de ver la historia medieval, que tiene su origen en el siglo XIX en los debates sobre el Estado- Nación, carece de fundamentos

¹ Eric, HOBBSAWM, “Dentro y fuera de la historia”, capítulo del libro *Sobre la Historia*, Barcelona, editorial crítica, Grijalbo Mondadori, 1998, pp. 17- 18.

empíricos y se basa en supuestos que no están respaldados por la investigación histórica reciente. Se trata más bien de una “seudo historia”, (p. 11) la cual presume, en primer lugar, que los pueblos medievales eran unidades culturales objetivamente identificables y estables y se caracterizaban por tener una lengua, religión, costumbres y carácter nacional inequívocos e inmutables. En segundo lugar, considera que las identidades étnicas otorgan el derecho al autogobierno de un determinado territorio el cual se definió en la Edad Media a partir de los llamados reinos germánicos, sin importar quiénes habitan hoy ese territorio. En estas pretensiones subyace la idea de que hubo una primera adquisición territorial: el siglo VI para los francos, por ejemplo. El resultado de lo cual es considerar ilegítima toda migración posterior.

El autor invita a que se modifique la comprensión de la historia medieval en el período transcurrido entre la caída del Imperio Romano y el siglo XI, época de frecuentes oleadas migratorias. Fue precisamente en ese lapso cuando se formaron nuevos reinos en los cuales se pretende encontrar la legitimidad de la nación moderna. Con toda seguridad que una neva mirada no va a cambiar el punto de vista de los nacionalistas y tampoco acabará con los odios xenofóbos pero al menos puede contribuir a que se sea más escéptico ante esas pretensiones. Pero incluso si esto no se logra, el historiador debe aclarar los equívocos así “esté seguro de ser ignorado” (p. 14).

El primer capítulo se ocupa de la formación del Estado nación. Se muestra que los inspiradores de este proyecto político buscaron los antecedentes de la unidad nacional en la Edad Media a la cual proyectaron sus propias preocupaciones. Así por ejemplo, durante el absolutismo monárquico, intelectuales franceses pensaban que el derecho de los nobles a gobernar se debía a que eran los auténticos sucesores de los francos, guerreros libres que habían derrotado al Imperio Romano. Ideólogos de la Revolución francesa, en cambio, consideraron a los galos, y no a los francos, los verdaderos representantes del pueblo. Por su parte los teóricos alemanes hicieron de la unidad lingüística el elemento clave de la identidad nacional. Su instrumento ideológico y su método fue la filología. Se preocuparon por establecer las reglas de las lenguas germanas, y por editar los documentos propios de la cultura, de lo cual el mejor ejemplo es la obra *Monumenta Germaniae Historica*. Otro instrumento ideológico fue la etno arqueología cuya propósito debía ser corroborar la identidad entre lengua, costumbres y restos físicos arqueológicos. Sin embargo, concluye Geary, nada de esto está respaldado por los registros históricos. Lo que diferenciaba entre sí a francos, de visigodos, de ostrogodos, de lombardos, no era una unidad cultural y lingüística; estas denominaciones correspondían más bien a organizaciones políticas que a realidades étnicas. El reino de los francos se componía de distintas tradiciones, lenguas y pueblos de los cuales los francos eran apenas los sobresalientes. Los pueblos medievales se caracterizaban, como los europeos de hoy, por una gran diversidad cultural.

Sin embargo, los ideólogos del Estado nación no inventaron la imagen de pueblos étnicamente homogéneos; no partieron de cero. Se inspiraron en escritores de la antigüedad. Es este el tema del capítulo segundo. Tanto la tradición bíblica como la clásica grecorromana distinguían dos tipos de pueblos. El constitucional, legal, fruto de la voluntad de los individuos, con una historia propia. Es el caso del pueblo

griego, el judío, el romano, el cristiano. Es el “nosotros”. El otro tipo se le caracteriza por rasgos biológicos determinados, por un origen mítico, costumbres y lengua comunes; todo lo cual se considera inmutable, por lo que esos pueblos carecen de historia. Son los otros, los bárbaros o los gentiles. Una vez que las élites bárbaras asumieron el control en varias provincias, los historiadores de entonces procuraron borrar las diferencias entre bárbaros y romanos. Se fueron apartando de la tradición antigua y captaron con precisión el proceso: la pertenencia a determinado pueblo (visigodo, franco, etc) dependía de la voluntad por identificarse y colaborar con los líderes y no de la descendencia biológica.

Como se explica en el capítulo tercero, este proceso fue consecuencia, por una parte de la formación de confederaciones dentro de las comunidades bárbaras con el fin de enfrentar al Imperio Romano; y por otra, de la progresiva integración de los bárbaros a la administración y al ejército romanos. Fueron surgiendo líderes guerreros que reunieron y sometieron a su control a otros grupos, sin que entre estos hubiese homogeneidad cultural o lingüística; se trataba tan sólo de una organización militar. Ya en el seno del Imperio fue activa la participación bárbara en los ejércitos incluso en su dirección. Ello produjo mayor heterogeneidad entre los bárbaros. El autor cita casos de doble identidad: jefes bárbaros que se reclamaban a la vez como ciudadanos francos y como soldados romanos.

El capítulo cuarto muestra que durante los siglos IV Y V no llegaron constituirse identidades étnicas. Los Hunos también fueron una confederación de tribus. En sus ejércitos había godos, francos, suevos, burgundios. Atila fue derrotado por un ejército igualmente heterogéneo. La aristocracia romana de las provincias prefería fincar sus esperanzas en la identidad provincial que en la imperial. Fracasaron los intentos por parte de los reyes vándalos, y visigodos por crear una identidad étnica bárbara distinta de la romana, como fracasaron también sus proyectos políticos (fueron derrotados por el emperador Justiniano, en el siglo VI). El reino franco, en cambio, logró sobrevivir; sus líderes no pretendieron crear un sentido de identidad opuesto al romano. Enfatizaron más bien lo que había de común entre romanos y francos al considerarse descendientes de los troyanos.

A lo largo del siglo VI con el establecimiento de reinos territoriales que sustituyeron al Imperio romano, la diferenciación entre romanos y bárbaros se hizo cada vez más borrosa, cuando no desapareció del todo. Exponer ese proceso es el tema del capítulo quinto. En los reinos lombardo, visigodo, franco, la mayoría de la población “adoptó la identidad de una clase gobernante” (p. 135), contó con una religión y marco jurídico comunes. El término bárbaro tenía ahora otro significado: se refería a a todo aquel que vivía fuera del reino, o a los paganos. Con el nombre de lombardo, franco, visigodo se designaba a los habitantes de un determinado reino independientemente de si eran de origen bárbaro o romano. No tenía, pues, connotación étnica. Con la palabra romano se aludía o a los habitantes de la ciudad de Roma, o a aquellos que dependían del Papa o de Bizancio. Entre tanto, nuevos grupos llegaron a lo que fueron los límites del antiguo imperio: sajones, ávaros, serbios búlgaros. Tampoco ellos conformaban identidades homogéneas, pero por lo pronto son los nuevos bárbaros.

En los siglos VIII y IX, la élite intelectual del Imperio carolingio justificó la expansión territorial basándose en una genealogía de pueblos según la cual al pueblo franco, cuyo padre era Clodoveo, el primer rey en hacerse cristiano, le habría sido asignada una misión universal y sagrada. Creó su propia comunidad imaginada, para utilizar los términos de Benedict Anderson. De estos temas se ocupa el capítulo sexto, último del libro. Allí también se compara el proceso de Europa medieval con el del pueblo Zulú, del sureste de África. Se encuentran similitudes en los métodos de estudio de la etnogénesis. Los historiadores de antigüedad tardía, Gregorio de Tours, Jordanes, Beda, Pablo el diácono, se basaron en las tradiciones clásicas y cristianas, haciendo comparaciones explícitas e implícitas con los hebreos y los romanos. Lo propio hizo A T Bryant padre de la historia Zulú. En ambos casos se aceptan supuestos falsos como las oleadas de invasiones que provenían de tiempos remotos. Y en ambos casos la historia que se escribía respondía a intereses políticos inmediatos.

Este libro es además una reivindicación de la historia como ciencia del cambio. Así se deduce de la argumentación central y así lo manifiesta explícitamente el autor: "Cuando los nacionalistas contemporáneos apelan a la historia, su noción de historia es estática" (p.156); "la historia de los pueblos de la antigüedad tardía y comienzos de la Edad Media no es la historia de un momento primordial sino de un proceso continuo y de constante cambio". Los francos del bautismo de Clodoveo no son los mismos de la época de Carlomagno y por supuesto no son los del pueblo francés que Le Pen pretende convocar. Los serbios que aparecieron en la época de decadencia del Imperio ávaro no son ni los mismos que fueron derrotados por los turcos en la batalla de Kosovo (1389) y son distintos a los serbios a cuyo engrandecimiento nacional invita Slobodan Milosevic. Quienes pretenden justificar sus acciones con la historia o quienes creen que cuando emprenden aquellas lo hacen obligados por esta, simplemente no comprenden lo que es el cambio "esencia verdadera de la historia humana" (p.173).

Las revisiones que se proponen en *The Myth of Nations* sobre el período medieval son resultado, en buena parte, de investigaciones recientes, algunas de las cuales han sido llevadas a cabo por el mismo Geary², y de novedosos hallazgos arqueológicos. Estos últimos permiten establecer que no hay objeto o grupo de objetos que sea étnicamente inequívoco, que culturas arqueológicas y grupos étnicos pueden coincidir, pero no puede esperarse que sean siempre completamente identificables³. Así mismo, los arqueólogos han abandonado la correspondencia entre, de una parte, las provincias culturales que se deducen de los restos materiales y, de otra, la localización aproximada de tribus tal como lo indicaban los escritos greco-romanos. Por mucho tiempo se creyó que estas dos categorías de información correspondían entre sí⁴. Estas investigaciones coinciden con lo planteado por Geary

² Véase, por ejemplo, su libro *Before France and Germany: The Creation and Transformation of Merovingian World*, New York, Oxford University Press, 1988.

³ POHL, Walter, "Conceptions of Ethnicity in Early Medieval Studies". Capítulo del libro editado por LITTLE, LESTER y BARBARA ROSENWEIN *Debating the Middle Ages*, Malden, Massachusetts, Blackwell Publishers, 1998, pp. 21-22.

⁴ GOFFART, "The Barbarians in Late Antiquity and How They Were Accommodated in the West". Capítulo del libro *Debating the Middle Ages*, p. 39.

en considerar que las unidades étnicas son el resultado de la historia, que los primeros pueblos medievales no fueron homogéneos como a menudo se pensó, que las afiliaciones étnicas fueron dinámicas y contradictorias, y que no hay una línea uniforme que conecte a los godos del sur de Rusia con los pueblos heterogéneos encabezados por Alarico y sus sucesores en Italia, España y las Galias⁵.

Finalmente, este libro y las investigaciones en las que se apoya inducen a revisar mapas históricos y textos universitarios. Los primeros porque describen el tránsito de los vándalos desde Escandinavia hasta el norte de África, y el de los visigodos desde Escandinavia a España; los segundos o porque afirman que los godos fueron “el único grupo que atravesó el imperio de parte a parte”⁶; o porque hablan de migraciones a lo largo de un inmenso continente⁷.

Abel Ignacio López
Profesor Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia

⁵ POHL, Walter, “Conceptions of Ethnicity in Early Medieval Studies”, *op. cit.*, pp. 16 y 27.

⁶ MUSSET, Lucien, *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona. Editorial Labor, colección Nueva Clío, 1967, p. 34

⁷ ANDERSON, Perry, *Passages from Antiquity to Feudalism*, London, Verso Edition, 1978, p. 113.